

Jacques-Alain Miller, Gian-Francesco Arzente, Marta Serra, Débora Rabinovich, Raquel Cors, Lidia Ramírez, Esthela Solano, Silvia Elena Tendlarz, Nathalie Georges, Ana Cecilia González, Marta Gutiérrez, Laura Canedo, Luisa Aragón, Héctor García de Frutos, Claudia Lázaro, Éric Laurent, Sonia Chiriaco, Graciela Esebbag, Jorge Sosa, Claudia González, **Enric Berenguer** (ed.)

¿CON QUÉ SUEÑAN LOS NIÑOS?

El inconsciente y el deseo en su primera edad



© De los autores: Enric Berenguer (ed.), Luisa Aragón, Gian Francesco Arzente, Laura Canedo, Raquel Cors, Sonia Chiriaco, Graciela Esebbag, Héctor García de Frutos, Nathalie Georges, Claudia González Aja, Ana Cecilia González, Marta Gutiérrez, Éric Laurent, Claudia Lázaro, Débora Rabinovich, Lidia Ramírez, Marta Serra, Esthela Solano-Suárez, Jorge Sosa, Silvia Elena Tendlarz, 2020

© Jacques-Alain Miller, «El caso Sandy según Jacques Lacan»

Cubierta: Juan Pablo Venditti

Primera edición, marzo 2020

Segunda edición, septiembre 2020

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2020

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Traversera de les Corts, 55, 2.º 1.ª

ISBN: 978-84-16737-97-0
Depósito legal: B.5953-2020

Impreso en PodiPrint

Impreso en España
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida bajo el amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

ÍNDICE

Nota a la segunda edición.....	11
Introducción	13
<i>Enric Berenguer</i>	

Orientación

El caso Sandy según Jacques Lacan	35
<i>Jacques-Alain Miller</i>	

La ingenuidad del final

Sueño y exorcismo	63
<i>Gian Francesco Arzente</i>	
Un momento de despertar infantil.....	69
<i>Marta Serra</i>	
El deseo de mis muñecas	73
<i>Débora Rabinovich</i>	
Puesta en juego... para soñar despierta	77
<i>Raquel Cors Ulloa</i>	
El sueño de los angelitos.....	83
<i>Lidia Ramírez</i>	

The Piggie, con Winnicott y Lacan

Las interpretaciones de la pequeña Piggie.....	87
<i>Esthela Solano-Suárez</i>	

Piggle, Winnicott y nosotros: un partenariado sintomático	99
<i>Nathalie Georges</i>	

Del trauma al deseo

Sueños de niños.	111
<i>Silvia Elena Tendlarz</i>	
Miedos y sueños en la infancia	119
<i>Ana Cecilia González</i>	
Sueño con caerme.	127
<i>Marta Gutiérrez</i>	
El rastro del caracol	133
<i>Laura Canedo</i>	
El niño del experimento	139
<i>Luisa Aragón</i>	
Sueño que no puedo dormir	143
<i>Héctor García de Frutos</i>	
Primer tropiezo	153
<i>Claudia Lázaro</i>	

Síntoma y sueño

El objeto en el psicoanálisis con niños. Una histeria infantil	157
<i>Éric Laurent</i>	
Síntoma y sueño en el niño: ventanas a lo real	169
<i>Enric Berenguer</i>	

Sueños, a pesar de todo: fenómenos oníricos en la cura de las psicosis

De la porosidad entre los sueños y las alucinaciones	181
<i>Sonia Chiriaco</i>	

El imposible despertar de la pesadilla	203
<i>Graciela Esebbag</i>	
Sueño y psicosis.	217
<i>Jorge Sosa</i>	
Un sueño y la carencia paterna en un caso de psicosis infantil. . .	229
<i>Claudia González Aja</i>	

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

El deseo de que el volumen estuviera disponible para el XII Congreso de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, que debía tener lugar en Buenos Aires el pasado mes de abril, bajo el título «El sueño. Su interpretación y su uso en la cura lacaniana», no dio tiempo a adjuntar un artículo de Éric Laurent que se incluye muy naturalmente en la serie de los trabajos publicados.

Se trata de «El objeto del psicoanálisis con niños. Una histeria infantil», conferencia pronunciada en Madrid, en mayo de 1985, y publicada por primera vez en la revista *El Analicón*, nº 3. Conserva hoy día toda su pertinencia y, a pesar de que en el título no se menciona, permite situar perfectamente el valor de una serie de sueños en la cura, empezando por una primera pesadilla cuyo contenido la niña no puede precisar. De este modo, un sueño de angustia acompaña al surgimiento del síntoma que motiva la demanda, mientras que un sueño placentero puntúa la producción, en un momento decisivo de la cura, de una solución fantasmática a la pregunta por el deseo materno. Si éste había quedado marcado por la significación de la muerte, ahora es una versión de lo vivo lo que se inscribe, permitiendo un alivio de los síntomas. Finalmente, otra pesadilla planteará las condiciones para una tercera y última fase de la cura, en la que la niña se situará con respecto al padre y, desde allí, apuntará a una solución femenina en la que se trata ya de «los hombres en general».

Para hacer compañía a esta importante contribución sobre la secuencia de los sueños en la cura, entre síntoma, fantasma y salida por la

Nota a la segunda edición

sexuación, se añade un artículo de Enric Berenguer, titulado «Síntoma y sueño en el niño: ventanas a lo real», en la que esta articulación se aborda desde la última enseñanza de Lacan.

E. B.

INTRODUCCIÓN

ENRIC BERENGUER

El inconsciente y el deseo en su primera edad

La fórmula elegida para este volumen explora una ambigüedad fructífera de la lengua castellana. En efecto, los sueños son algo que *se tiene*, pero soñar *con algo* implica una actividad del sujeto, del orden de lo que Freud llamó «sueños diurnos» o bien, simplemente, la gran diversidad de modos de pensamiento vinculados al vasto campo de la imaginación.

Si bien se trata de dos dimensiones que en principio — y en condiciones normales — se pueden distinguir claramente, el propio Freud plantea en alguna ocasión cierta continuidad entre ellas, como cuando dice que los sueños diurnos, vinculados a lo que él llama la fantasía, son a menudo el origen de los sueños que nos visitan durante la noche. En principio, para él, unos y otros están vinculados por una común relación con el deseo. Pero en los sueños del reino de la noche, la deformación onírica ofrece a la libido vías distintas para su satisfacción.

Más allá de esta comunidad en torno a la noción de deseo, podemos decir que los sueños propiamente dichos están más directamente vinculados con el inconsciente — cuya fundamental dimensión de alteridad remarcó Freud con su expresión «la Otra escena» —, mientras que los segundos, los sueños diurnos, se desarrollan en un plano en el que el sujeto como tal es reconocible y su producción activa lleva su marca, quizás su estilo. Así, aunque en ellos el otro imaginario está siempre presente y el Otro con mayúscula constituye el propio marco de la escena, algo de un deseo propio se inscribe allí de un modo en el que, al

menos, sujeto y objeto — aunque sólo sea en un nivel gramatical — son dimensiones que se distinguen. Lo que en ellos se percibe a veces como la marca de un goce singular puede ser guardado celosamente como un secreto que no se quiere compartir. Lo cual no impide, por supuesto, que en un movimiento posterior sea activamente rechazado o reprimido, como vemos en la génesis del síntoma obsesivo o histérico.

En todo caso, en esta polaridad a la que siempre se le pueden encontrar excepciones y matices, lo que está en juego concierne a la oposición que podemos plantear entre inconsciente y fantasma. Aunque este binarismo demasiado simple deba ser luego matizado por la distinción, desde la perspectiva de la última enseñanza de Lacan, entre inconsciente real e inconsciente transferencial. En última instancia, se trata de pensar las distintas modalidades de relación del *parlêtre* con lo real del goce ocasionado por el encuentro con *lalengua* y sus formas de responder a él. Entre estas últimas, lo que Lacan situó como el fantasma fundamental nos permite pensar un momento decisivo en la localización de una enunciación del sujeto, inseparable de la experiencia y de la subjetivación de la inconsistencia del Otro.

¿Por qué nos ocupamos específicamente de los sueños, nocturnos o diurnos, de los niños? ¿Acaso el sujeto del inconsciente tendría edad? Porque podemos considerar que en ellos se manifiesta, de un modo más accesible y directo, la dimensión del inconsciente real, definido por Jacques-Alain Miller como «el inconsciente imposible de soportar»,¹ invitándonos a distinguir entre las formaciones del inconsciente, que se descifran, que tienen sentido, y lo que constituye un agujero y al mismo tiempo un exceso — entre el *tropmatisme* y el *troumatisme*.² Una zona en la que no se trata de represión, puesto que en ella el *parlêtre* se ve enfrentado a lo real «sin interposición del significante».³

1. Miller, J.-A., «Préface», en Bonnaud, H., *L'inconscient de l'enfant*, Navarin, Le Champ freudien, Seuil, Paris, 2013, p. 9,

2. *Trop* = demasiado, *trou* = agujero.

3. *Ibid.*

En este volumen, por tanto, nos hemos propuesto la exploración de esta zona en el tiempo de la infancia.

Como una orientación de un valor inestimable, la secuencia se abre con una intervención de Jacques-Alain Miller sobre «El caso Sandy según Jacques Lacan». De ella aprendemos, entre otras cosas, que las producciones oníricas de los niños pueden constituir puntos decisivos en la historia del sujeto y que su interpretación es inseparable de la dimensión de la transferencia. Al mismo tiempo, esos sueños se inscriben en un proceso de subjetivación, introduciendo, a partir de una temporalidad del orden del instante — en este caso, el de un despertar angustiado —, un tiempo variable de elaboración que desembarcará en un momento de conclusión. Se trata, para el sujeto, de resolver un problema planteado de entrada, paradójicamente, como imposible.

En el siguiente apartado, contamos con las aportaciones de distintos AE de la AMP que, a partir de la experiencia de su fin de análisis, nos invitan a una relectura del valor de sueños de su infancia, diurnos o nocturnos, desde esa simplicidad a la que Lacan se refirió y gracias a la cual todo se ordena de otro modo, disipadas ya las brumas del no querer saber nada — revestido de suposición de saber — característico de la neurosis.

Hemos incluido luego dos contribuciones sobre el caso «The Piggie», de Winnicott, en las que las distintas perspectivas sobre la interpretación — a partir de un sueño en el que los significantes del síntoma se le imponen al sujeto con toda la violencia de la angustia — se ponen a discusión de un modo muy preciso, examinando además las consecuencias que distintas orientaciones teóricas pueden tener en la dirección de la cura.

A continuación, se incluyen una serie de trabajos sobre casos clínicos y viñetas en las que se pone de relieve el valor de un sueño en el contexto del trabajo analítico, bajo una diversidad de condiciones y modalidades, en un rango de edades igualmente variado.

Para terminar, otras contribuciones exploran el lugar y la función que pueden desempeñar los sueños en una serie de casos de psicosis

— reflexión que sólo puede tener lugar en el contexto concreto de cada tratamiento — para mostrar que no hay ninguna fórmula única que pueda resultarnos operativa para todos ellos, aunque hay orientaciones que siempre se deben tener presentes.

Pero antes de pasar la palabra a esta rica gama de trabajos, me propongo examinar la tensión entre inconsciente y fantasma — o inconsciente y deseo — en el niño, a partir de la articulación entre sueños y fantasías en el tratamiento, tal como surge en la experiencia de Freud con el caso de Juanito; para luego resaltar algunos elementos de esta problemática en el comentario llevado a cabo por Lacan acerca del mismo.

De este modo, me parece, podemos situar mejor el origen de la pregunta a la que el conjunto del volumen pretende aportar una respuesta a varias voces.

Juanito: del trauma de la lengua al deseo

Fue la propia experiencia clínica la que llevó a Freud a modificar su tesis inicial sobre los sueños de los niños — según la cual se trataría de simples realizaciones transparentes de deseos, sin un trabajo propiamente onírico. Así, en el historial de Juanito (1909), después de sueños recogidos por el padre en los que, supuestamente, se llevaría a cabo la realización pura y simple de un deseo manifestado por el niño en la vigilia — por ejemplo, cuando dice haber «creído», por la noche, que estaba solo, «completamente» solo, con Mariedl —⁴ leemos que a los cuatro años y medio se habría producido un sueño de otra naturaleza: «Es su primer sueño incomprensible por la acción de la deformación onírica».⁵

4. Lacan no comparte la idea de que se trate de un sueño tan simple, como implicaría el propio énfasis de la fórmula «completamente solo».

5. Freud, S., «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», *Obras Completas*, Amorrortu, t. 10, Buenos Aires, 1980.

El texto de este sueño, relatado por el niño como un pensamiento que ha tenido durante la noche, consiste en una frase ambigua, en la que se plasma una conversación entre dos participantes: «Uno dice: *¿Quién quiere venir conmigo?* Luego dice otro: *Yo*. Después tiene que ponerle a hacer pipí.»⁶

En una segunda ocasión, Juanito cuenta el mismo sueño con alguna pequeña variación, sustituyendo al «otro» por «ella». El padre muestra entonces su perspicacia interpretativa al relacionarlo con el juego de prendas que el niño solía jugar con sus amigas. Y añade que el anhelo de ser «puesto a hacer pipí» se relaciona con el intenso placer que le procura un juego que últimamente desarrolla con sus amigas. En particular, el hecho de ser visto en esta actitud (por una niña) ocuparía un papel decisivo en el origen del sueño. Lo cual es relacionado en el mismo historial con el comportamiento «descarado» de días anteriores del niño para con su madre.

Freud observa que en este caso se cumple una de las reglas que él planteó en su «Interpretación de los sueños»: las frases emergentes proceden de cosas oídas o dichas por el propio sujeto en días anteriores. En todo caso, estas palabras cumplen aquí una función distinta de las que tienen en la vigilia, dado que en el sueño son puestas al servicio de un querer decir enigmático. El hecho de que no sean dichas por nadie en particular es un rasgo en sí mismo destacable.

Tales palabras, por tanto, en su aparente simplicidad, participan de una forma de cifrado que, como tal, llamará a una interpretación. Como luego se comprueba, este llamado sólo se agota mediante la verificación de una imposibilidad. La propia forma en que el niño introduce el relato de su sueño («mira lo que he pensado esta noche») parece ya un modo, aunque mínimo, de apelación a un Otro que aporte un sentido o que, como mínimo, recoja el testimonio de cierto extrañamiento con respecto a esa enunciación anónima. Y esto antes incluso del desencadenamiento de la angustia, que acelera la urgencia de la

6. *Ibid.*, p. 19.

demanda de sentido. En cualquier caso, la explicación simple por el placer obtenido por el niño en la vigilia, supuestamente reproducido en el sueño, se queda corta, dado que la fórmula impersonal («uno», «otro»), sin la menor referencia a una sensación placentera, ni una localización subjetiva del soñante, nos sitúa en un plano distinto.

La lengua existe ahí en un plano separado, en una deslocalización que acentúa la profunda extrañeza que afecta a esa zona de encuentro entre el significante y el cuerpo del ser hablante. Se podría decir que es la lengua misma la que habla y el sujeto está en el lugar de quien oye, recibiendo al mismo tiempo en su cuerpo los efectos de esa articulación.

Es obvio, por tanto, que el trabajo de cifrado del inconsciente va en este caso — como en cualquier otro — más allá de la dimensión del puro placer. No sería, por tanto, el placer de la vigilia lo que explica el sueño. Quizás a la inversa, se podría pensar que es el hecho de que el niño busque esta clase de satisfacción en la realidad, de que ese modo de gozar se haya manifestado en su conducta, lo que tiene su causa en el inconsciente. Lo que está en juego en el rasgo de goce exhibicionista-urinario del sujeto debe buscarse ya, por tanto, en la constelación de articulaciones surgidas en torno a la palabra *Wiwimacher*. Como señala Lacan en su «Conferencia de Ginebra sobre el síntoma»:⁷ «Si estudian con cuidado el caso de Juanito, verán que lo que allí se manifiesta es que lo que él llama su *Wiwimacher*, porque él no sabe cómo llamarlo de otro modo, se ha introducido en su circuito».

De ahí las dificultades con las que tropieza Freud para explicar la génesis ulterior de la angustia por la represión. De hecho, como se nos dice en el propio historial sobre el comportamiento del niño en aquellos días, este era del todo desinhibido. Ciertamente, no basta con el concepto de represión para pensar el impacto que tiene sobre el niño un órgano que, aparte de su realidad corporal más o menos sobresaliente, se anima a partir de los equívocos de la lengua que lo vivifican y que literalmente lo animan.

7. Lacan, J., «Conférence à Genève sur le symptôme» (1975), *Bloc-Notes de la psychanalyse*, 1985, nº 5, p. 5-23.

Son estos mismos equívocos, de los que es inseparable la experiencia de goce del sujeto, los que la hacen susceptible de entrar, *a posteriori*, en una cadena de malentendidos, a través de los cuales el sujeto buscará en vano el sentido de su propio goce en el cálculo del deseo del Otro materno. Así pues, la dimensión del malentendido en la que se desarrolla el diálogo del sujeto sobre los significantes enigmáticos de su goce — entre síntoma y fantasma — responde al profundo equívoco del que estos mismos significantes emergen, más allá del lenguaje, en la dimensión de *lalengua*.

En cualquier caso, entre equívocos de la lengua y malentendidos con el Otro, lo único que se constata, incluso se podría decir que se demuestra, es la no relación. Por eso la solución sólo podrá obtenerse en la dirección de una separación. A lo que asistiremos entonces, progresivamente, es a la génesis, cada vez más afirmada, del deseo del sujeto — como distinto del deseo del Otro, que Lacan fundó en la noción de fantasma fundamental.⁸ La solidaridad de esta solución terminal con los límites anticipados por los significantes del síntoma es algo que se pone de manifiesto con particular claridad en la clínica de la primera infancia, con la condensación temporal que ella implica.

Se dibuja aquí un recorrido que parte del sueño como primer cifrado de goce por el inconsciente. Y que proseguirá con la cristalización del significante del síntoma en la fobia, para desembocar en un largo trabajo de elaboración, inseparable de la laboriosa puesta en forma del fantasma.

Sueño y fantasma en la fobia de Juanito

Lo que Freud considera propiamente el historial clínico de Juanito se inicia con la narración de un sueño posterior al antes mencionado, ocurrido cuando el niño tiene ya cuatro años y nueve meses, y referido como un

8. Lacan, J., *El Seminario, libro 6, El deseo y su interpretación*, texto establecido por J.-A. Miller, Buenos Aires, 2014, p. 50 y 208.

«sueño de angustia». En efecto, Juanito se levanta llorando e, interrogado por el motivo de su zozobra, le dice a su madre: «Mientras dormía he pensado que te habías ido y que no tenía ya una mamá que me acariciase». Freud, en su comentario, no deja de destacar enseguida — atribuyéndole el papel de «fenómeno básico del estado patológico» — lo que considera una «enorme intensificación» previa de su «ternura hacia la madre»,⁹ y destaca como antecedentes las «tentativas de seducción [de las que] Juanito hace objeto a su madre», la segunda de ellas «muy poco antes de la emergencia de la angustia de salir a la calle».

Así, la angustia de separación respecto de la madre, pero también las preguntas a la madre acerca de si ella, por la noche, «se toca la cosita», son fenómenos leídos por Freud inequívocamente sobre el fondo de un deseo intensificado, frente al cual la inconsistencia del Otro es prefigurada por el fantasma de su pérdida y por la interrogación de su deseo.

En cuanto al caballo, que permitirá la transformación de la angustia no especificada en miedo, adquiere su condición plena de objeto fóbico a continuación de un encuentro casual en Schönbrunn. Pero el animal es convocado enseguida a otra forma de existencia, cuando Juanito manifiesta su temor, antes de ir a dormir, de que «entre en [su] cuarto». Temor este último al que Freud concede un carácter significativo, en tanto certifica la acogida del animal en el mundo de los sueños del niño.¹⁰

En todo caso, tal y como se revela luego en el historial, la llegada del caballo al universo de Juanito se había producido ya anteriormente, en Gmunden, por la vía significativa. Con ocasión de un juego colectivo — no se trataba de un caballo de verdad sino de imitar su galope —, la caída de un hijo del casero es atribuida «al caballo» por un coro de voces, considerado demasiado insistente por el propio Juanito. Significante que adquiere de este modo la dignidad y al mismo tiempo el poder, enigmático y temible, de la causa: «No paraban de

9. Freud, S., «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», *op. cit.*, p. 21.

10. *Ibid.*, p. 25.

decir: *Por culpa del caballo*; y otra vez: *Por culpa del caballo*». La frase literal es recogida cuidadosamente por el padre, quien destaca, por otra parte, que en la fórmula *wegen dem Pferde*, Juanito «acentúa especialmente la palabra «wegen»¹¹ — a causa o por culpa de.

Desde entonces el historial abunda en referencias a fenómenos acerca de los cuales Freud trata de situar, no sin dificultad, el lugar que ocupan entre el dominio del sueño y el propio de la fantasía. Así, Juanito explica un episodio de despertar angustiado como relacionado con el hecho de haberse tocado. A continuación de lo cual, dice, había visto a su madre, «toda desnuda y en camisa», añadiendo que a ella se le veía «la cosita». Freud observa entonces que «no es un sueño», sino una fantasía onanista. Pero añade a continuación un calificativo que de por sí cuestiona la frontera entre uno y otro dominio: «[...] es, por lo demás, *equivalente* a un sueño».¹²

No será la última vez que las fantasías del niño son mencionadas en el historial — por ejemplo, entre muchas otras, dos de las fantasías finales, cuyo protagonista es el fontanero. Y es de destacar que Juanito introduce su narración en estos casos con las mismas palabras con las que antes había iniciado la comunicación de sus sueños: «Oye lo que he pensado».¹³

Con respecto al momento del proceso en el que se produce la comunicación de estas dos fantasías en concreto, es de destacar un comentario de Freud. En él observa que «la situación de Juanito en el análisis es ahora muy distinta de la que ocupaba en estadios anteriores [...] Antes, el padre le anunciaba lo que iba a surgir y Juanito le seguía [...]. Ahora marcha delante, con paso seguro, y al padre le cuesta trabajo seguirle [...]».¹⁴

Podemos plantear entonces la hipótesis de que, en esta frontera algo difusa de lo que pertenece al dominio del sueño y lo que pertenece al

11. *Ibid.*, p. 50.

12. *Ibid.*, p. 29.

13. *Ibid.*, p. 55.

14. *Ibid.*, p. 103.

dominio del fantasma, en el primero predomina aquello que permanece enigmático para el propio sujeto en el cifrado de su goce mediante los procesos primarios; mientras que, en el segundo, se trata de una formación en la que el deseo del sujeto y su activa posición de elaboración es reconocible, incluso explícitamente asumida, defendida o reivindicada.

En todo caso, de la ambigüedad, incluso la porosidad¹⁵ de esta frontera, testimonia el hecho de que el propio Freud reconoce en estas fantasías, explícitamente mencionadas como tales, un rasgo que las acerca a los mecanismos del sueño: «la refundición, desfigurada por la angustia, de una fantasía de procreación».¹⁶ La diferencia, entonces, es que es el propio sujeto el que ahora parece haberse apropiado de los mecanismos del inconsciente para producir lo que Freud interpreta como una «victoriosa fantasía optativa». A esta se añadirá otra que, como resultado final de la cura — según Freud —, permitiría al niño formular el deseo de «estar casado con su madre y tener con ella muchos hijos».¹⁷

Con independencia de las dudas expresadas por Lacan acerca de los restos que tal solución implica — el «tener niños» conserva en este caso una significación en la que la posición masculina no está en absoluto asegurada —,¹⁸ podemos confiar en la intuición de Freud de que desde el encuentro traumático con el inconsciente real, encarnado en el significante enigmático de su fobia, la posición del sujeto ha pasado a la de agente de un deseo en el que el lugar de la causa, vinculado a la angustia, queda lo suficientemente velado.

El progreso de la cura, por tanto, va desde el encuentro traumático con el inconsciente real, cuando emerge la cifra enigmática del goce del *parlêtre*, hasta el momento en que el sujeto del inconsciente, iden-

15. Empleo este término haciéndome eco de otra porosidad, la que Sonia Chiriaco explora en un artículo de este volumen, entre sueño y alucinación.

16. *Ibid.*, p. 103.

17. *Ibid.*, p. 106. Lacan no ve tan clara la naturaleza de esa procreación, que no le parece conforme a una posición sexuada masculina común. Cf. Lacan, J., *El Seminario, libro 4, La relación de objeto, op. cit.*, p. 386, donde habla de «paternidad imaginaria».

18. Lacan, J., *El Seminario, libro 4, La relación de objeto, op. cit.*, p. 419.

tificado en y a través de su fantasma, es capaz de formular su propio deseo, en un recorrido que no deja de evocar la fórmula freudiana: *Wo Es war, soll Ich werden*.

Sueño y fantasma en el Juanito de Lacan

La porosidad, en el caso de Juanito, entre fantasma y sueño, es señalada explícitamente por Lacan en diversas oportunidades en su comentario sobre el historial de Freud, expuesto en el Seminario 4, *La relación de objeto*.¹⁹ Así, por ejemplo, con respecto a lo que llama la «etapa prefóbica»,²⁰ destaca que, en respuesta al nacimiento de su hermana, Juanito había adoptado a «un montón de niñas imaginarias».²¹ Ahora bien, estas niñas imaginarias son las mismas que aparecen en el sueño del juego de prendas antes mencionado, en el que algo de esta dimensión fantasmática es incorporado al sueño, aunque con la intervención de la deformación onírica, que la presenta bajo otra luz.

Lacan destaca que si se añade a este elemento de las «niñas» la observación contemporánea de Juanito, según la cual si la madre «lo tuviera [el *Wiwimacher*] sería tan grande como el de un caballo»,²² estarían esbozados, en el plano de las elaboraciones fantasmáticas, los elementos de lo que será el recorrido del niño, desde el principio hasta el fin de la observación, con la resolución curativa de la fobia. Entre las condiciones previas y el resultado final, el significante de la fobia opera como un elemento que provoca y al mismo tiempo posibilita la elaboración de elementos anticipados de entrada.

La ambigüedad entre sueño y fantasma es acentuada de nuevo pocas páginas después en una fórmula preciosa, referente a la producción

19. Lacan, J., *El Seminario, libro 4, La relación de objeto*, op. cit.

20. *Ibid.*, p. 208.

21. *Ibid.*, p. 208.

22. *Ibid.*, p. 208.

por parte de Juanito de la fantasía de la jirafa grande y la jirafa pequeña. Con respecto a ella, Lacan dice: «Es como si Juanito soñara despierto y, a pesar de los gritos que da su madre, su sueño le proporcionara la clave de la situación — y a nosotros nos indica su mecanismo de la forma más gráfica».²³

No se trata de un detalle secundario, dado que más adelante, en el mismo Seminario, Lacan plantea de modo explícito una articulación entre la dimensión del sueño y la del fantasma. Refiriéndose a la visita a Freud por parte de Juan, a sus diecinueve años, y tras destacar el casi completo olvido del tratamiento, Lacan comenta la «bella comparación hecha por Freud de este olvido con lo que se produce en el olvido de los sueños». Esto le da pie a plantear su tesis en estos términos: «[en el análisis] se trata de una actividad muy especial, en el límite de lo imaginario y lo simbólico, del mismo orden que la del sueño». Y añade: «Además, en esta mitificación que se produce a lo largo de toda la observación, los sueños desempeñan un papel económico asimilable en todo al de los fantasmas, incluso al de los simples juegos e invenciones de Juan.»²⁴

A pesar de esta equivalencia, Lacan insiste en distinguir sueño de fantasía. Así, por ejemplo, en relación con el fantasma de las jirafas, destaca que cuando el padre le pregunta al niño si se trató de un sueño, el niño responde sin vacilación que se trata de algo que «ha pensado». Aunque es cierto que Juanito se había referido a algunos de sus sueños como si se tratara de pensamientos (sobre todo en los primeros sueños relatados), en este caso su afirmación es taxativa y se produce en tono firme, como *respuesta* al padre. Lo cual nos asegura de que la posición del sujeto con respecto a esa formación no es la de un receptor o espectador pasivo, sino la de un agente que identifica claramente su lugar y su decir propio. Lacan retoma esta distinción, que pone énfasis en la dimensión de la enunciación del sujeto, en más de una oportuni-

23. *Ibid.*, p. 214

24. *Ibid.*, p. 278.

dad. Así, mediante una fórmula que acentúa la agencia del sujeto, indica: «No es un sueño, es un fantasma que él mismo fabrica».²⁵

En contraste con esto, con respecto a la primera parte de la observación, después de la cual comienza la fobia, Lacan había puntuado previamente que «termina en un fantasma». Pero no sin añadir esta interesante matización: «Sólo lo es en el límite, porque es un sueño, construido sobre el modelo de un juego de prendas»,²⁶ donde a Juan «se le concede el derecho a que una niña lo ponga a hacer pipí». En este caso, por tanto, Lacan considera la franja entre sueño y fantasma desde el borde opuesto.

Finalmente, a lo largo de su comentario, Lacan insiste cada vez más en precisar la función del fantasma en contraste con la dimensión del sueño, y en diversas ocasiones lo hace acentuando el eje del fantasma como aquel en el que se sitúa la respuesta del sujeto frente al Otro. Así, ante la insistencia por parte del padre en destacar — aunque sea mediante la negación de su existencia — la realidad del pene materno en oposición al carácter imaginario y simbólico del falo, Juanito responde²⁷ con el fantasma de la «madre desnuda en camión», oxímoron que contribuye a irrealizar el *Wiwimacher* atribuido al Otro materno mediante una fórmula cuyo aire fetichista no deja de señalar Lacan.

De la misma forma, el fantasma de las dos jirafas será considerado como una respuesta del niño al hecho de que el padre, siguiendo las consignas de Freud, le recalque a Juanito que las mujeres no tienen pene y por tanto es inútil que él lo siga buscando.²⁸

Con respecto a este fantasma en particular, por otra parte, Lacan destaca un aspecto nuevo de la función del fantasma: su dimensión de creación, inseparable de la búsqueda activa por parte del sujeto de una salida a la fobia. Así, indica: «Les he mostrado que este fantasma nos

25. *Ibid.*, p. 292.

26. *Ibid.*, p. 242.

27. *Ibid.*, p. 342.

28. *Ibid.*, p. 263.

lanza al campo de una creación cuyo estilo, así como la exigencia simbólica que en él se evidencia, son sorprendentes.»²⁹ Esta función activa del sujeto es subrayada nuevamente por la insistencia de Juanito, con respecto a toda una serie de producciones fantasmáticas, en que se trata de cosas que él ha pensado: «*nein, nicht geträumt; ich hab' mir's gedacht.*»³⁰

Al fantasma de las jirafas vincula Lacan específicamente la tentativa de simbolización del falo materno, que constituye «ya el principio de la solución».³¹ El aspecto activo y creativo de esta forma de operar el propio sujeto mediante sus fantasmas es destacado una vez más por parte de Lacan en relación con lo que describe como una «brillante fantasía, consistente en suponer que la hermana siempre estuvo en el maletero, casi desde toda la eternidad».³²

La progresión de los fantasmas de Juanito se inscribe, por tanto, en lo que Lacan llama una fantasmaticización, regida por un trabajo descrito en términos de elaboración (*Durcharbeitung*),³³ la cual estaría destinada a la producción de nuevas construcciones que «hacen inútil el sostén fóbico».³⁴ Estas elaboraciones «diversamente fantasmáticas proceden a partir de sucesivas cristalizaciones»,³⁵ incluyendo formas de restituir el momento en el que surgió la fobia en la historia del sujeto.³⁶ Una elaboración, en suma, que funciona como un mito en desarrollo y que tiene la estructura, considerada globalmente, de un discurso.

Tesis que Lacan formula de un modo tan preciso como detallado en estos términos: «Todo el proceso de los fantasmas de Juanito consiste en resituar ese elemento intolerable de lo real en el registro imaginario en el que puede ser reintegrado».³⁷

29. *Ibid.*, p. 291-292.

30. *Ibid.*, p. 343.

31. *Ibid.*, p. 343-344.

32. *Ibid.*, p. 408.

33. *Ibid.*, p. 276 y 283.

34. *Ibid.*, p. 291.

35. *Ibid.*, p. 338, 339, 340.

36. *Ibid.*, p. 349.

37. *Ibid.*, p. 370.

El fantasma, lalengua y el juego en el niño

Lo cual no impide a Lacan, por otra parte, reconocer como rasgo común a sueños y fantasmas, así como en general al «estilo de las respuestas de Juan», el estilo del *Witz*.³⁸ Como se pone de manifiesto en una serie de ejemplos a lo largo de la observación, incluso en las producciones del niño en su vida despierta, las sustituciones significantes, los desplazamientos, no son ajenos a la dimensión del inconsciente, en tanto el sujeto puede hacer uso de ella, poniendo en juego, más allá de los significantes del Otro, los elementos de lo que Lacan llama «el lenguaje de Juanito» — forma anticipada de referirse a lo que más adelante en su enseñanza denominará *lalangue*.

La presencia del operar del sujeto en esa zona se pone de manifiesto, por ejemplo, en relación con el término *Lumpf*, del que Lacan precisa: «[...] es un error identificar el *Lumpf* con la defecación omitiendo situar en sí mismo este elemento esencial para Juan. El propio testimonio del padre nos proporciona la idea de que *Lumpf* es una transformación de la palabra *Strumpf*, que en primer lugar quiere decir bragas negras³⁹ y, en otro momento, una blusa negra.» Por tanto, esa fantasmaticación del elemento pulsional anal por parte de Juanito se hace en relación con los significantes de su *lalengua*, a partir de la cual opera un tipo de elaboración que excede a lo que se podría describir en términos de metáfora y metonimia, en la dimensión de lo que podemos considerar los nombres del goce del propio *parlêtre*.

Pero, más allá del caso particular de Juanito, este elemento de *Witz*, tan presente en las elaboraciones a las que asistimos en los tratamientos de los niños, ¿no tienen que ver con una mayor cercanía del niño a la dimensión de goce propia de *lalengua*, todavía no aplastada por la gramática y, en general, por esa forma de dominio que llamamos educación?

38. *Ibid.*, p. 294, 296.

39. Se entiende que para Juanito, ya que en la lengua alemana, *Strumpf* es calcetín o media.

En efecto, en el lidiar del niño con el inconsciente real, la angustia está siempre a la vuelta de la esquina, pero la pura satisfacción que se traduce en su juego — con el cuerpo y con las palabras, así como con todo el campo de las resonancias del sentido que pululan en el campo de la imaginación — se hace igualmente presente, con la misma intensidad.

Esa vitalidad creativa nos da una ilustración particular de aquello a lo que apunta Lacan cuando, en sus *Escritos*, se refiere al punto a partir del cual el síntoma se invierte en efectos de creación.⁴⁰ Quizás el mejor antídoto contra la cristalización del síntoma se produzca cuando algo del goce de *lalengua* puede dar lugar a un disfrute en acto, que encuentra el modo de alojarse en la relación del niño con su cuerpo, si este encuentra el apoyo adecuado en un partenaire que no interfiera en exceso, con su propio fantasma, en el complejo debate con aquello que es tanto la fuente de lo más vivo como puede serlo de lo más mortificante.

El modo en que el partenaire acompaña este trayecto es crucial. Y sobre ello, casos como los de Sandy y Piggie tienen mucho que aportarnos. Con mayor razón porque ambas son niñas en quienes la cuestión de su feminidad se plantea en relación con un Otro que, por motivos diversos, no se encuentra en las condiciones adecuadas para alojar algo de un goce ilimitado difícil de inscribir en los estrechos márgenes de la cuestión fálica. Tanto en una como en la otra, la solución pasa, más allá de todas las construcciones edípicas que se les ofrecen y de las funciones de suplencia frente a la carencia, materna o paterna, por un modo de inscribir algo de lo femenino en la vía de la sexuación. Como, por otra parte, la solución de Juanito es impensable sin un modo de inscribir su masculinidad, aunque sea precario.

No en vano, como se verá,⁴¹ la solución de Piggie pasa — con el apoyo de su partenaire transferencial — por una conversión del negro mortífero del significante del síntoma al azul de un objeto tomado del Otro, en el que el deseo del sujeto puede hacer pie.

40. Lacan, J., «De nuestros antecedentes», *Escritos I*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p. 60.

41. Véanse en este volumen las contribuciones de Esthela Solano y de Nathalie Georges.

Pero esto, por supuesto, no concierne únicamente a las niñas, sino a la propia naturaleza del goce del *parlêtre* y a los medios de los que dispone el sujeto para subjetivar lo real de su encuentro con *lalengua* en un deseo sostenible.

El inconsciente y el tiempo del sujeto

Según Freud, el inconsciente es ajeno al tiempo. Lacan retoma lo esencial de esta tesis, pero la modula: en efecto el inconsciente ignora el tiempo en el sentido usual, pero los fenómenos que le conciernen están relacionados con una temporalidad distinta, en la que se aprecian las dimensiones de lo pulsátil, de la repetición y de lo no realizado. Todas ellas, en el caso particular del sueño, se articulan con el instante del despertar, puntuado por la precipitación propia de la experiencia de la angustia y su elaboración posterior — la *Durcharbeitung* de Freud —, que se hará bajo transferencia cuando hay alguien ahí para encarnar la interpretación causada por el cifrado con el que el inconsciente responde a lo real.

¿Hay una primera edad en la que el deseo trata de abrirse camino, a partir del efecto traumático de *lalengua* sobre el *parlêtre*, por los callejones sin salida del deseo del Otro, para ir más allá del laberinto del sentido? Algo de esto encontramos en los sueños de los niños.

Podemos decir que la relación del ser hablante con el inconsciente sí está sometida a una temporalidad, la cual, por otra parte, es compleja. Los sueños la van recogiendo a la vez que la relanzan, y en su puntuación señalan, a buen entendedor, tanto sus tropiezos más fecundos como sus intentos de resolución. Lo real del tiempo se refracta entonces en la complejidad de sus tratamientos simbólicos y de sus consecuencias en lo imaginario, predominante este último, al fin y al cabo, en eso que llamamos realidad.

Del continuo de lo real del tiempo surge entonces una pluralidad que se difracta y se desarrolla: instante de encuentro traumático con el

inconsciente real; tiempos lógicos de la elaboración de una primera respuesta en el marco naciente del fantasma a partir del significante sintomático; *après-coup* de las insuficiencias de esta misma construcción y avatares del deseo. Así es como el sujeto se mide con aquello que de entrada se le impone como ajeno, aunque, como dijo Freud, constituye el «núcleo de su ser». Para encontrar quizás, en un análisis, el tiempo y los recursos para «hacerse a ser» — si podemos recurrir a la expresión de Lacan en *Radiofonía* —,⁴² lo cual implica molestar el universal deseo de dormir, apostando por el deseo de despertar que es, en suma, el deseo del analista.⁴³

En los sueños de los niños, en la relación de los niños con sus sueños, en la relación de los niños con los Otros a quienes ellos les cuentan sus sueños — padres, educadores o psicoanalistas — se despliega la complejidad del modo de respuesta a lo que en el inconsciente real se le impone al sujeto como marca imborrable. Ellos nos muestran que es en la dirección de un deseo como el joven sujeto, lo sepa o no, trata de apropiarse de aquello que proviene de las profundidades de su cuerpo de ser hablante. Sus logros y sus fracasos en la tarea dependen de los recursos de los que cada uno dispone, muy variables en función de las condiciones de su existencia y de las respuestas de lo real de las que el sujeto mismo es efecto.

Lo propio del analista es ayudar a cada uno en el nivel de sus propios medios, procurando que algo de esa subjetivación le resulte al mismo tiempo útil y soportable. Aunque sólo sea para permitirle proseguir su camino un poco más despierto en ese sueño que llamamos realidad, de la forma más feliz que esté a su alcance.

42. Destacada por Éric Laurent, en «El tiempo de hacerse al ser», trad. Carmen Cuñat, disponible online. Allí hace referencia al pasaje de «Radiofonía»: «El tiempo que hace falta para hacer huella de lo que desfallece al ocurrir antes» y luego «hace falta tiempo, hace falta tiempo para hacerse a ser» (Lacan J., «Radiophonie», in *Scilicet* 2/3, París, Seuil, 1970, p. 426 y 428).

43. Miller, J.-A., «Despertar», en *Scilicet, El sueño. Su interpretación y su uso en la cura lacaniana*, Grama, Buenos Aires, 2020.

Esto debe precisarse en el caso de los niños que disponen de medios particularmente limitados para enfrentarse a lo real en juego. Para ellos, la definición que nos propone Jacques-Alain Miller de una sesión analítica como lo que debe escandir «el encuentro siempre fallido con lo real, el que tiene lugar entre sueño y despertar», tiene un alcance muy particular, tratándose de sujetos para quienes, a veces, el despertar que debería permitir seguir durmiendo en la realidad se vuelve imposible. Pero, como lo demuestran algunos casos en los que la dimensión psicótica está en juego, es en esta juntura delicada donde sigue operando el psicoanalista, en el respeto más escrupuloso de los medios del sujeto y sus invenciones.

La importancia de lo que está en juego nos ha llevado a incluir en este volumen trabajos sobre niños en quienes la forclusión da a la dinámica de los sueños en la cura un carácter distinto, que excluye que el analista ocupe el lugar del intérprete.

En este contexto preciso, la observación de Miller según la cual «lo imaginario del sueño ofrece a veces a lo que está forcluido una figuración patética que se paga con la angustia»⁴⁴ nos ofrece un elemento para reflexionar sobre la condición de estos fenómenos, que no son alucinaciones, y sobre cómo acogerlos en la cura.

En cualquier caso, trátase de la neurosis o de la psicosis, pocas veces tenemos la ocasión de atrapar al vuelo, tan claramente como en el sueño de un niño — en un instante en que fulgura el inconsciente —, el Uno solo del síntoma que cifra buena parte del destino de un modo de gozar, imponiendo ciertas condiciones al juego posterior del deseo. Significante que se alza con toda su opacidad frente a los intentos de los partenaires del niño para darle un sentido.

La orientación lacaniana en este punto es precisa y supone una ética de la interpretación: implica preservar algo de esta misma opacidad frente a su posible aplastamiento por esos interlocutores del niño que a menudo se sienten tan interpelados como él mismo. No es extraño,

44. *Ibid.*

por tanto, que ante su Uno rebelde le quieran imponer, a veces mediante un forzamiento evidente, versiones particulares de la relación sexual que no existe. Extraño juego en el que se busca el asentimiento del niño — a veces no tan fácil de obtener — a aquello que el adulto ya no puede sostener él mismo. Se advierte entonces que este último le propone al niño que oficie como garante de una solución que, por legítima que sea, bebe de la fuente de un fantasma.